

CAPÍTULO III

EL PICOVERDE Y EL ÁRBOL MUERTO

Al despertarse, sintió el coronel tal lasitud en todos sus miembros, que se asombró de haber podido dormir más de media hora en semejante postura. En seguida, tuvo deseo violento de bajar de su árbol para desentumecerse andando.

Sin embargo, en vista de los dos individuos que continuaban avanzando hacia él, creyó prudente esperar un poco; y se limitó á desatar suavemente los nudos de su banda con que se atara, siempre vigilando con cuidado el continente sospechoso por lo menos de aquellos hombres.

Sin sospechar éstos la presencia de un ser viviente tan cerca de ellos, caminaban sin embargo con circunspección, mirando á derecha é izquierda cual si esperaran ó temieran descubrir un objeto invisible. Sus trajes eran asaz extravagantes y sobre todo, sumamente inapropiados para correr á través de los zarzales, pues consistían únicamente en un calzón y una camisa.

Aquellos livianos vestidos parecían completamente mojados, aunque la noche había sido seca, y cada uno llevaba en la mano un paquete muy voluminoso.

— Esos hombres — pensó el coronel — ó buscan á alguien ó temen que se les busque.

Y luego escuchó y miró más atentamente.

Así como don Rafael conceptuó conveniente aquel lugar, á causa de su espesura, para detenerse, de igual manera los dos hombres lo juzgaron á propósito para hacer alto.

— Detengámonos aquí, dijo uno de ellos, el tiempo necesario para cambiarnos vestidos.

— Con mucho gusto; pero hagámoslo de prisa — respondió el otro. — Ya debemos estar muy lejos del camino de Huajapam.

Ambos se sentaron bajo el cedro que servía de asilo á don Rafael y comenzaron silenciosamente y sin tardanza á quitarse sus vestidos mojados para reemplazarlos por los que llevaban empaquetados bajo los brazos.

— ¿Eso es entonces — dijo uno de ellos — lo que vale lo que pesa de oro?

Y al hablar así, señalaba un paquetito que su compañero apretaba cuidadosamente entre la bolsa de su chaqueta.

— Sí; y ya verás que no tienes por qué sentir el haber consentido en seguirme para participar de la buena fortuna que esto nos traerá. El todo está en podernos ir de aquí porque van á ponerse tras nuestra pista.

— Es verdad; pero no nos hallarán y si caemos entre las avanzadas de mis compañeros que bloquean el Valle, como nada saben de mi huida, les diré que tengo orden de acompañarte para ir contigo á tratar del monto del rescate de un prisionero.

— ¿Y si nos llevan al campo? — replicó el otro.

— Nos cuelgan; pero más tarde ó más temprano, ¿no es ése el destino del hombre? — respondió filosóficamente Juan el Zapote, pues era el ex-guardián del mensajero de don Mariano y de su hija, ahora su compañero de huida. — pero tengo valor para sacarte de allí, *compadrito*.

— ¡Caramba! — se dijo mentalmente don Rafael —

este pillo que piensa que la suerte del hombre es ser ahorcado tarde ó temprano, parece tan seguro de ello que nada le costará conducirme á buen puerto.

Y terminando esta reflexión, el coronel asió una de las lianas que le habían servido para escalar el tronco del cedro; y con riesgo de dejar parte de sus vestidos entre las ramas del árbol, cayó de un salto frente á los dos estupefactos aventureros.

Don Rafael que tan caro habría pagado por saber el dulce mensaje que le enviara Gertrudis, se hallaba sin pensario frente al mensajero encargado de entregárselo.

Verdad es que ni uno ni otro se conocían.

— ¡Chut! — Nada teman, les ofrezco mi protección — dijo el coronel con soberbia desenvoltura — y sobre todo ¡abajo las armas!

Zapote había desenvainado un enorme cuchillo que levantaba á todo evento, listo para herir al primero que llegase, con esa indiferencia típica del hombre que, como él, no presiente otro fin que la cuerda ó el garrote. Pero inmediatamente don Rafael le cogió la mano con que lo empuñaba con tanta fuerza, que bien le demostró que podía ser tan terrible enemigo como poderoso protector.

— ¿Quién es Ud.? — exclamaron á la vez los dos hombres.

— ¡Ah, el indiscreto! — replicó don Rafael. — Soy un hombre que cae del árbol y la prueba es que mi sombrero se quedó allí...

Y sin soltar la mano del Zapote, el coronel se empinaba sobre los pies y con su larga espada empujó el sombrero prendido en una de las ramas.

— Udes. huyen de los hombres de Arroyo y yo también: esto es lo que debemos saber. Ahora, Udes. son dos y yo estoy solo y si Udes. no quieren hacer causa común conmigo, los mato: ¡hay que decidirse!

— ¡Caramba! ¡Qué buen negociante sería Ud. con esa claridad en los negocios! — replicó el Zapote, á quien

aquel modo de proceder franco y sin rodeos estaba lejos de disgustarle. — ¿Pero qué puedo hacer por Ud.?

— Hacerme pasar con éste su compadre por su compañero, y encargado como él de tratar del rescate de un prisionero, lo que es un poco verdadero, puesto que Udes. dos van á partirse el producto de un...

— De una comisión muy sencilla — añadió el Zapote — y si Ud. supiera...

— No tengo intenciones de tomar mi parte en eso — dijo sonriendo el coronel — y poco me importa saber...

— Ud. lo sabrá á pesar suyo, ¡caramba! — interrumpió el Zapote arrastrado por irresistible impulso de lealtad.

— Entre amigos como lo somos nosotros desde ahora, es de rigor una franqueza sin límites.

— Veamos pues, dijo el coronel.

— ¡Pues bien! — respondió el verídico Zapote — es el testamento en regla de un tío excesivamente rico en favor de un sobrino que se creía desheredado y que llevamos al susodicho sobrino. Ud. pensará la gratificación que esto nos valdrá.

— ¿No es falso el testamento? — preguntó el coronel que desconfiaba de la sospechosa cara del Zapote.

— Nosotros no sabemos escribir — respondió con candidez — pero si quiere creerme, pongamos los tres, lo más pronto posible, pies en polvorosa. Ya hemos perdido mucho tiempo.

— ¿Y mi caballo? — objetó el coronel — ¿Qué hacemos con él?

— ¡Ah! ¿Ud. tiene caballo? Pues bien: déjelo, que no hará más que embarazarnos.

— Sobre todo, si es como un caballo que yo conozco — agregó el mensajero aludiendo al Roncador, al que había tenido ocasión de ver en las caballerizas de don Mariano en Oaxaca. — Ese diablo de caballo, figúrese Ud...

Los gritos que partieron á la vez de las orillas del río, del camino de Huajapam y de los lados opuestos del bosque, interrumpieron al mensajero en el momento en

que iba á contar á don Rafael las particularidades de su propio caballo y sin duda alguna, á verificarse el completo reconocimiento entre él y el coronel.

Los dos interrogaron con la mirada al espantado Zapote.

— ¡Diablo! — dijo. — ¡Esto es más grave de lo que yo pensaba!

Los gritos que acababan de agitar el aire, indicaban la alegría y el ardor de los que se ponían á la caza y una resolución implacable de no dar cuartel. Era como la trompa de muerte lanzando á los ecos el anuncio del sacrificio del ciervo. Pero aquellos gritos tenían algo más significativo, á juzgar por las extrañas modulaciones que los acompañaron en el momento en que fueron contestados desde la extremidad del bosque.

El Zapote miró fijamente durante algunos segundos al oficial realista que llevaba un sombrero de voluntario insurgente, una chaqueta de soldado de infantería y un pantalón de oficial de caballería.

— Ud. es un hombre que bajó de un árbol — dijo — no puedo negarlo; pero á menos que no sea otro que Ud., hay en el bosque un realista á quien van á perseguir á todo trance.

— A mi vez — dijo don Rafael sencillamente — yo no puedo negar que sirvo la causa del rey.

— Esos gritos cuya significación conozco, quieren decir que se debe coger vivo ó muerto á un realista oculto entre alguno de estos matorrales — continuó el Zapote. ¿ Lo han visto ya los que lo persiguen?

— Ayer tarde maté á dos de ellos, en sus narices y á sus barbas.

— Entonces, no tengo esperanzas de pasarlo como á mi compadre, por un prisionero corriente que no es ni realista ni insurgente.

— Por lo menos, es dudoso.

— Es enteramente imposible y sólo una cosa le puedo prometer: no solamente el no delatarlo, en caso de que mi compadre y yo salgamos bien de este paso espinoso,

sino procurar despistar á los que lo buscan, porque ya comienzo á cansarme del oficio de bandido... Pero con una condición.

— ¿Cuál? — preguntó el coronel.

— Que Ud. nos permita dejarlo sin nuestra compañía. Nada puedo hacer para salvarlo, Ud. lo ve — Ud. nos perdería sin provecho alguno para Ud.; ó nos impediría entregar este encargo á quien por derecho corresponde. Por otra parte, bien que no haga más que un instante que su suerte está ligada á la nuestra, abandonarlo en medio del peligro sin su consentimiento sería una cobardía de la cual quiero ante todo, recibir su absolución.

Había en las palabras del Zapote tal acento de lealtad, que el coronel se conmovió á pesar suyo.

— No hay cuidado por eso, amigo mío — dijo resueltamente don Rafael. — Vayan Udes. á buscar fortuna donde les plazca; y deseo — añadió sonriendo — que lleguen Udes. hasta ese sobrino con el testamento de su tío.

En seguida agregó en tono melancólico:

— Tengo tan pocas razones de asirme á la vida, que pienso como Udes.: un poco más tarde ó un poco más temprano, ¿ qué importa? Solamente — continuó con un súbito gesto de buen humor — que yo no quiero ser colgado.

— Gracias por su permiso, señor caballero — respondió el Zapote; pero todavía una palabra antes de dejarlo: si quiere Ud. creerme, suba Ud. otra vez á la copa de ese árbol en donde nadie podrá imaginar que allí está.

— No: sería perseguido como el jaguar por los perros sin poderme defender; y quiero, como dicen los indios, enviar delante de mí el mayor número posible de enemigos para que me limpien el camino en el otro mundo.

— Pues bien, haga Ud. otra cosa mejor — prosiguió el Zapote — marche hacia el Ostuta. En el extremo meridional de este bosque, en las orillas del río y cerca del vado, hay bosques de bambú muy espesos en los cuales mi compadre y yo hubiéramos encontrado asilo hasta el

día del juicio, si no tuviéramos que ir á nuestros asuntos. Si Ud. llega allí, está salvado.

— ¡Ah! Esto es preferible — dijo el coronel — aunque, ya después de tres días, principio á cansarme de esconderme. ¡Adiós pues, y buena suerte!

El Zapote y su compañero, después de orientarse, tomaron la dirección que les conduciría, después de un largo rodeo, hacia el camino de Huajapam, donde el mensajero de Gertrudis, sin sospechar que se separaba del mismo coronel, creía encontrarlo en el campo de los realistas ocupados en el sitio.

Algunos segundos después, se ocultaron á la vista del coronel entre las espesuras del bosque.

— A fe que estoy disgustado de no haberle preguntado su nombre — dijo el compadre del Zapote á su compañero al cabo de un cuarto de hora de marcha silenciosa. — Él habría ocultado solamente su calidad, pues parece tan franco como valiente. Según su talante y no obstante su modo de vestir, éste debe de ser algún oficial del ejército realista.

— ¡Bah! — replicó el Zapote — el nombre no significa nada en estas circunstancias. Es hombre perdido y nada adelantáramos con saber cómo se llama.

— ¿Quién sabe?

— Lo que me disgusta es no haber podido serle útiles; esto es todo. Ahora, mi valiente Gaspar, pensemos en nosotros, que es lo esencial. ¿No ves que aún no estamos fuera de peligro?

Los dos compañeros continuaron su camino deslizándose lo más suavemente posible entre los matorrales que el sol, ya muy alto, comenzaba á alumbrar con sus ardientes rayos.

Media hora transcurrió así antes de que oyeran otra vez las voces de los que avanzaban en el bosque caminando muy poco alejados los unos de los otros. Aquellas voces habían callado.

En medio del silencio que reinó entonces, el Zapote distinguió el chirrido de las malezas á cierta distancia;

y, avanzando del lado del ruido, vió á un hombre que andaba con precaución, carabina en mano. En seguida, á diez pasos de éste, á izquierda y á derecha en la misma línea, otros dos hombres se deslizaban con las mismas precauciones entre los zarzales.

Los tres iban haciendo como más fácilmente podían una muralla de los árboles que encontraban. El Zapote reconoció á uno de ellos.

— ¡Eh! ¡Perico! — gritó.

— ¿Quién me llama? — replicó el hombre.

— Yo Juan el Zapote.

— ¡Toma! ¿Y por qué casualidad? — preguntó Perico.

— Te lo voy á decir — dijo el Zapote con admirable impudencia — tú sabrás desde luego que el capitán...

— ¿De dónde vienes tú? — preguntó Perico.

— Del campo, del otro lado del Ostuta.

— ¿Sabe entonces el capitán que nosotros perseguimos á un realista en estos bosques?

— ¿Cómo así? — preguntó el Zapote.

— Figúrate que hemos batido estos bosques toda la noche en busca de ese pícaro; que de diez que éramos, no quedamos más que ocho, pues Suárez y Pacheco fueron muertos; y ahora á juzgar por los gritos á que hemos respondido, somos por lo menos veinte.

En aquel momento otro hombre se reunió á los tres que encontrara el Zapote. Por una feliz casualidad, aquellos cuatro hombres eran precisamente los mismos á quienes Pepe Lobos había encargado de batir la parte del bosque vecina al camino de Huajapam, los que, no habiendo visto al viejo furriel Rufino, ignoraban que el Zapote fuera desertor.

— Ahora — repuso éste — que ya te he dicho por qué me encuentro aquí enviado en comisión por el capitán con mi compadre don Gaspar, como estoy muy preciso...

— ¡Lléveme el diablo si me has dicho nada de tu comisión! — exclamó Perico.

— ¡Caramba! ¡Una comisión secreta como lamía! Vamos, adiós: te repito que estoy muy preciso.

— Antes de irte — dijo uno de los tres hombres que estaban con Perico — dime si no lo han encontrado en el bosque.

— ¿A quién? ¿Al realista á quien andan Udes. persiguiendo?

— Sin duda; al rabioso coronel.

— Yo no he visto á ningún coronel rabioso — respondió el Zapote.

— ¡Eh, caramba! ¡El coronel Tres Villas! exclamó Perico. — Te haces el tonto. ¿Acaso quieres ganarte solo tú el premio de quinientos pesos?

— ¡El coronel Tres Villas! — exclamó á su vez Gaspar el mensajero.

— ¡Quinientos pesos de premio! — añadió el Zapote llevándose la mano á los cabellos como si fuese á arrancarse un puñado.

— ¡Eh, sí, caray! ¡El mismo! — dijo Perico. — Un hermoso joven de bigotes negros y de sombrero del mismo color y que viste un pantalón con franjas de oro y una chaqueta de soldado de infantería.

— ¿El que les mató dos hombres?

— Cuatro, porque Suárez y Pacheco no han reaparecido.

Ya no había duda de que el hombre que acababan de dejar tras ellos, era precisamente al que buscaban para entregarle el mensaje de Gertrudis; y el Zapote cambió con Gaspar una mirada de profunda contrariedad.

Por un instante, la honradez aún mal cimentada y de reciente fecha del ex-bandido, se conmovió sobre su base; pero una muda oración de Gaspar y la fe jurada, triunfaron en su alma sobre la ambición desencadenada.

— No he visto nada — dijo secamente — y me haces perder mi tiempo. ¡Hasta luego!

— ¡Véte con Dios! — dijo Perico.

Gaspar y el Zapote cambiaron un último adiós con los compañeros de Perico y se alejaron al paso en tanto que eran vistos y á la carrera en cuanto se vieron solos.

Lo esencial era ponerse en salvo, so pena de tener que lamentar otro chasco semejante.

Cuando se creyeron lejos de toda persecución en la parte del bosque situada al otro lado del camino, el Zapote se acostó sobre la hierba con aire de profunda desolación.

— ¿Qué vamos á hacer ahora? — dijo lúgubrementes Gaspar.

El Zapote guardaba el silencio de las grandes emociones. En seguida, levantándose al cabo de un minuto:

— ¡Un golpe soberbio! — exclamó. — ¡Un golpe raro! ¡Una buena acción!

— ¿Eres tú capaz de eso?

— ¡Los dos somos capaces! Oye, compadrito, yo conozco á los que bloquean la hacienda del Valle; tú conoces á los que la defienden: entremos allí. Una vez allá, tú me harás pasar por uno de los servidores de tu amo don Mariano.

— Eso sería posible, mi querido Zapote — objetó candidamente Gaspar — si no tuvieras ese diablo de fisonomía...

— Yo me la compondré; eso, yo me las arreglo, ya verás. Pido un premio de mil pesos si salvo al coronel, con riesgo de mi vida, del peligro que le amenaza. Tomamos cincuenta hombres para que vengan con nosotros. Nos ganamos la recompensa y además la de tu mensaje. ¿Qué te parece?

— En efecto, eso sería soberbio.

— ¡Ah! La virtud! Mira tú, no hay nada más lucrativo!

— Pero de aquí á entonces, cogerán ó matarán al coronel.

— Tal vez no. Y luego, si lo matan, trataremos de coger al capitán. Cueste lo que cueste, yo quiero una recompensa.

— A la verdad, quizás el coronel habrá podido llegar á la selva de bambúes de las orillas del río — replicó Gaspar.

— Dentro de dos horas podremos estar aquí de regreso de la hacienda con el destacamento.

Excitados por la esperanza, los dos aventureros cobraron valor y se dirigieron lo más rápidamente que les fué posible hacia la hacienda defendida por el teniente Veraegui.

Sin tratar de averiguar si todo debía ir á medida de sus deseos, les dejaremos ir para volver al coronel Tres Villas.

Cuando se quedó solo, don Rafael se enfrentó friamente con su situación. No se ocultó que sus probabilidades de salvación, eran asaz dudosas; y que, á menos que le llegase un socorro inesperado con el cual no debía contar, no tenía esperanzas de escaparse de la suerte que le amenazaba.

El sol inundaba de luz brillante el bosque todo que le servía de asilo. Sus rayos, ya casi perpendiculares, penetraban hasta el corazón de las malezas; y sin embargo, antes de que cayese y de que llegara otra vez la noche á abrigarlo con sus sombras tutelares, debían transcurrir siete horas; pues aquel era precisamente uno de los días del solsticio de verano, los más largos del año, días en que, bajo los trópicos, no proyecta sombra una varilla fijada en la tierra.

¡ Cuánto sintió entonces don Rafael aquel sueño á que se había abandonado en lugar de aprovechar una parte de la noche en intentar un desesperado esfuerzo para salvarse! No menos vivamente sintió no haber revelado su nombre, aunque hubiera sucedido lo que el destino quisiera, á sus dos compañeros de un instante. Quizás la esperanza de cuantiosa recompensa, los habría decidido á intentar la llegada hasta la hacienda del Valle para avisar al teniente Veraegui el peligro que corría su jefe.

Bien lejos estaba de sospechar que una casualidad providencial se había encargado de hacer por él lo que una tardía reflexión le sugería ahora.

A despecho de los peligros de su situación, en ayunas desde hacía tiempo, comenzó á sentir las punzadas del

hambre; pero esto era lo que menos le inquietaba. En los bosques de las regiones cálidas de América, el anono, el cocotero, el aguacate, se cubren espontáneamente sin cultivo alguno de esos sabrosos frutos que sirven de alimento al hombre.

Una vez hechas estas reflexiones, como el coronel no era hombre de consumirse en inútiles sentimentalismos, resolvió obrar.

Vaciló un instante acerca de lo que debía hacer con su caballo; y pareció que se decidía á abandonarlo; pero no tardó en convencerse de la utilidad que podía obtener de él convirtiéndolo durante su tortuosa marcha á través del bosque, en trinchera viva y movable tras la cual hallaría en caso necesario, abrigo contra las balas de las carabinas. Y luego, si llegaba sano y salvo hasta la orilla del bosque, le quedaba el recurso de montar en él y escapar, como la vispera, á la persecución de sus enemigos. Así pues, dispuso ir á buscarlo.

La zarza á que había atado al Roncador, no estaba muy lejos del árbol en que había pasado la noche; pero el silencio profundo que reinaba en el bosque, que habríase creído desierto sin los gritos que se oyeran un cuarto de hora antes, le indicó la necesidad de marchar con precaución, pues el más leve temblor de un matorral podía delatar su presencia.

Así pues, avanzaba el coronel posando los pies en tierra lo más suavemente que le era posible, cuando un vago ruido de voz llegó á sus oídos. Escuchó durante algunos instantes sin que aquel ruido se le aproximase. Entonces púsose de nuevo en marcha.

Al fin llegó hasta el zarzal en que encontró á su caballo.

Aunque ardiéndose de sed y devorado por el hambre, el pobre animal no había hecho el más pequeño esfuerzo para romper la cuerda que lo ataba.

A la aproximación de su amo, dejó oír un relincho que resonó á lo lejos.

A pesar de aquel ruido que podía denunciarlo y serle

tan funesto, el coronel hizo un movimiento de alegría mezclado de tristeza acariciando á su noble compañero de peligros; y no pudo dejar de experimentar cierto remordimiento á causa del papel á que tal vez tendría que destinarlo.

Era aquel, sin embargo, uno de los casos en los cuales el instinto de conservación obliga con frecuencia al hombre á hacer lo que su corazón desaprueba.

A fin de hacerle más fáciles los movimientos entre aquel laberinto de árboles y de lianas, el coronel desensilló su caballo y sólo le dejó las riendas para conducirlo con la mano. Avanzó resueltamente, guiándose por el sol, hacia el extremo meridional del bosque que confiaba con el vado del Ostuta.

El consejo del Zapote le pareció bueno; y pensó que, si en efecto lograba ocultarse durante el resto del día entre los bambúes del río, le sería fácil durante la noche seguir el camino de Oaxaca para llegar á la hacienda del Valle.

Mientras caminaba, don Rafael arrojó la vaina de su sable, lo mismo que su cinturón que le molestaban; y teniendo en una mano la hoja desnuda y con la otra las riendas del caballo, continuó su marcha lo más silenciosamente que le fué posible, decidido á no servirse de sus pistolas sino en el último caso.

Mientras tanto, se acercaba el momento en que se vería obligado á dar una vuelta; pues, en medio del silencio, oyó en la dirección que seguía, voces de hombres que se llamaban y se respondían dándose indicaciones de marchar en la misma línea y de conservar la misma distancia para formar un círculo más extenso.

Ninguno de los que le perseguían le hubiese inspirado, separadamente, más seriedad que la que un cazador aislado inspira al león que bate en retirada ante sus enemigos; pero él sabía muy bien que la jauría entera de los bandidos de Arroyo se precipitarían á la vez sobre él y que infaliblemente sucumbiría.

El coronel renunció pues á la idea desesperada que

por un momento concibiera, de marchar contra el adversario que se hallara más cerca y degollarlo sin ruido.

Pensó, con razón, que en medio de la arboleda espesa que lo ocultaba, un hombre resuelto tenía alguna ventaja sobre enemigos que se veían en la necesidad de advertirse á cada instante para marchar juntos y conservar la misma distancia. Mientras ellos le indicaban el lugar en que se encontraban, guardando él silencio, les ocultaba el suyo.

Las voces se aproximaban de instante en instante; y don Rafael escuchó ansiosamente si no se oían otras voces por otro lado. Temía salir de las garras de los unos para caer en la emboscada de los otros.

No sabía el coronel cuál era el número de sus enemigos; pero cualquiera que fuese, supuso que el cordón formado á su alrededor para prenderle, no podía ser tan estrecho que no dejara algún espacio vacío á través del cual pudiese escapar, como un pájaro que pasa por una de las mallas de la pajarera.

En tanto que don Rafael escuchaba, como escucha el hombre cuya vida pende de la finura de su oído, oyó á cierta distancia el ruido sonoro y lejano del pico de un picoverde que golpeaba contra un árbol muerto.

Ese ruido es uno de los que con más frecuencia se oyen en las vastas selvas de la América. El pájaro salvaje, ocupado en procurarse su alimento, hace incesante guerra á los gusanos alojados entre la corteza de los árboles muertos ó deteriorados y los obliga á salir de su escondite á fuerza de los golpes redoblados de su pico.

El ruido que acababa de oír el coronel, era como una voz amiga que le decía que, del lado de donde partía, ninguna criatura humana turbaba la soledad del bosque.

Guiado don Rafael por los golpes cadenciosos que el pájaro solitario continuaba dando, se dirigió hacia él. Ya se hallaba á corta distancia de su árbol cuando asustado el pájaro por su presencia voló á toda prisa.

El fugitivo se detuvo y puso atento oído; y con gran contento suyo, escuchó en lontananza las voces de sus

enemigos. Había pasado á través de ellos; y á menos que volvieran sobre sus pasos, lo que no era probable, irían á buscar al centro del bosque al que acababa de liberarse.

Para engañarlos mejor y acrecer aún su propia seguridad, se valió de una astucia india.

Recogió dos ramas de un guayaco seco y golpeando la una contra la otra, imitó para confundirlos el cadencioso ruido del pico del pájaro.

Dueño ahora de tomar otra vez la dirección que se viera obligado á abandonar, don Rafael avanzó con toda rapidez hacia el vado del Ostuta, deteniéndose sin embargo de cuando en cuando para lanzar á los ecos el ruido tutelar del pico del pájaro cazador.

Después de cerca de una hora de marcha, el coronel se detuvo para recoger algunas de aquellas frutas salvajes de que hasta entonces habíase visto obligado á prescindir por temor de perder un tiempo precioso. Mientras engañaba así su hambre y su sed con algunas anonas, oía con delicia esos mil ruidos vagos é indefinibles que interrumpían apenas el silencio profundo que reinaba á su alrededor.

Ya era más del medio día y el sol comenzaba á lanzar sus rayos oblicuos, cuando don Rafael se levantó para continuar su marcha. Muy pronto, á través de los últimos árboles del bosque, columbró el tranquilo manto del Ostuta corriendo sin ruido entre los enormes bambúes que crecían en sus riberas.

La brisa agitaba dulcemente los tallos lanceolados y las movibles hojas de aquellos verdes matorrales en donde los caimanes se solazan durante el día entre el limo del río, esperando la frescura de la noche.

Era allí también adonde don Rafael debía ir á buscar como ellos un asilo, hasta el instante en que la obscuridad le permitiese continuar su marcha.

No contaba el coronel esperar en el bosque el regreso de los que lo habían perseguido inútilmente; y tan pronto como llegó á las orillas del río, trató de averiguar

lo que allí pasaba. De las últimas malezas de la ribera del bosque á los bambúes del Ostuta, apenas había que franquear un corto espacio. A él se aventuró.

El color amarillento de las aguas, los pequeños remolinos espumosos que formaba el río, acariciando en su curso numerosas plantas acuáticas, cuyas flores y anchas hojas se extendían muellemente sobre la superficie; las ondulaciones de sus aguas al rededor de enormes piedras esparcidas aquí y allá, todo indicaba á don Rafael que, en efecto, estaba cerca del vado adonde dos años antes le condujeran con frecuencia sus correrías en persecución de Arroyo y del cual vado le hablara el Zapote por la mañana.

Oculto por los grandes tallos de gigantescos rosales, pudo notar á lo lejos las tiendas del campo de aquel jefe de bandidos y á los jinetes galopando por la orilla opuesta del río. Al verlos, sus fogosas pasiones se despertaron y extendió en son de amenaza el puño cerrado hacia el lugar que ocupaba el guerrillero, objeto de todo su odio.

De repente gritos y pisadas de caballo que oyó resonar tras él en el bosque, le llenaron de alarma. Eran los jinetes de Arroyo que volvían al campo, contrariados de no haber hallado, en vez del coronel y de los otros dos fugitivos, sino á Suárez y á Pacheco, sanos y salvos pero todavía muy asustados.

No había minuto que perder; y don Rafael, apartando con la mano los bambúes, se internó entre lo más espeso de la maleza húmeda que se cerró por encima de su cabeza. Cuando algunos instantes después los jinetes pasaron al galope á corta distancia de su escondite, la brisa agitaba tranquilamente los penachos verdegueantes de los bambúes, sin permitir adivinar al ojo más perspicaz la presencia del fugitivo que ocultaban bajo su impenetrable manto.

Bien pronto don Rafael oyó á los caballos chapotear marchando entre las aguas del río; luego, el ruido se extinguió, reemplazándole un profundo silencio.

Las horas mortales se sucedieron las unas á las otras hasta el instante en que el sol, cayendo sobre el horizonte lanzó como un último adiós, largos rayos, agudos como dardos de fuego. Después de reflejar durante algunos momentos los últimos fulgores del sol moribundo, las aguas del Ostuta se oscurecieron y en su espejo ya no se miraron sino las miriadas de estrellas que tachonaban la bóveda celeste.

CAPÍTULO IV

DONDE DON CORNELIO CREE HABER PERDIDO LA CABEZA

Dos cosas deben preguntarse, si se ha seguido con algún interés la peligrosa odisea de don Cornelio : ante todo, si su cabeza, al decir de Gaspacho, se hallaba suspendida en la puerta de la hacienda del Valle : y luego, si no era la de algún homónimo suyo que se hubiera enganchado después de su partida del campo de Morelos ante Huajapam.

Lo que vamos á decir responderá pronto á estas dos preguntas.

Si no hemos notado su presencia en las orillas del Ostuta, con la de don Rafael, la de don Mariano y de su hija, es porque, como partió algunas horas después que dichos personajes, no podía haber hecho el mismo camino que ellos en menos tiempo.

En la tarde de aquel mismo día en que se verificaron las aventuras que hemos narrado del coronel, casi á la misma hora en que éste se refugiaba entre los bambúes, el ex-estudiante de Teología acompañado de Costal y de Clara llegaba por distinto camino y se detenía á corta distancia de la hacienda del Valle.

Mientras los caballos desensillados pacían la hierba, Costal se alejó durante algunos momentos para averiguar